

EL ANGEL DEL SABER

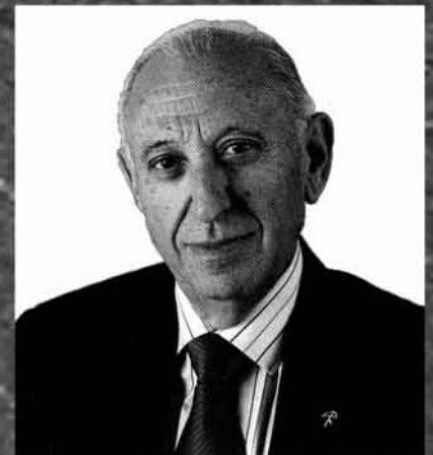
Aquel niño daba tempranas y sobradas muestras de su claro talento. Anduvo a los nueve meses. Y con un año, hablaba ya. Las anécdotas en este sentido, realmente sorprendentes, corrían en boca de los vecinos del barrio, admirados de aquel portentoso niño.

-¡Qué chiquillo más guapo y más listo! – comentaban parece un viejo hablando.

Y era la verdad. Unía al talento la guapeza, tanto, que seducía inmediatamente por ésta y cautivaba al hablar. Y esto era así hasta para una pobre mujer mayor, fea y desdentada, que vivía por aquellos contornos, y que creía inocentemente que ella podía hacer mal de ojo. Por este motivo, no osaba mirar nunca al niño, compadecida de éste, para no producirle el mal que ella pensaba que le podía transmitir con su mirada. Dicho sea cariñosamente lo señalado respecto a su físico, porque tenía buen fondo; era, no obstante, manifiestamente fea no sólo por el castigo del trabajo y de la edad, sino también porque lo había sido en su juventud, y ahora tenía sólo dos dientes, ubicados éstos muy mal dispuestos sobre la mandíbula superior. Persuadida supersticiosamente de que podía hacer mal de ojo, veía al niño y escuchaba los elogios de los vecinos, pero nunca lo miraba a los ojos.

Los padres estaban para enloquecer con su niño. Era el primero de su matrimonio y no creían merecer tanto regalo de Dios. Por eso, cuando un día se puso bastante malito, tanto que creían que se moría, lloraban amarga y desconsoladamente diciéndose el uno al otro: *-¡Se nos muere!...¡Se nos muere!...¡Se muere!...-* Y lloraban... y lloraban a lágrima viva, lanzando sollozos prolongados, y hondos y roncós gemidos. Y en momentos de lucidez, comentaban mirándolo con avaricia: *-¡Es un ángel!...¡un ángel!...¡tan guapo y tan sabio!... Y un ángel no puede vivir aquí en la Tierra...su lugar está en el cielo ¡Por eso se lo lleva!...¡se lo lleva!...-* Y al decir esto, los llantos y los gritos se redoblaban con ímpetu y furia incontenibles: *¡No te lo lleves!...¡no te lo lleves!...* Y vuelta a llorar, gemir y sollozar. Ambos progenitores, en su amargura, impotencia y desesperación, hicieron toda clase de promesas...y...milagrosamente, Dios no se lo llevó.

Vivía nuestro niño en una casa bajera situada a orillas de un camino o carretera. El firme de ésta no era ni siquiera macadán, sino pura tierra no apisonada y arena. Las cosas eran así de pobres en aquella época. Una tarde limpiaban trigo las mujeres. Era costumbre que éstas amasaran pan; lo cocían en un horno, construido en la parte trasera de la casa, que caldeaban con leña. Para ello había que empezar por limpiar el trigo, antes de molerlo para obtener la harina. El trigo,



Jacobo Soto Carmona

envasado en las eras de trillar en sacos y costales, solía contener a veces chinás y otras impurezas, tales como algún pequeño granzón¹ y arvejanas². Se procedía, pues, a su limpieza manual antes de convertirlo en harina.

Aquella tarde, el niño, que no tendría aún dos años, acompañaba a las mujeres en la limpieza y, con sus manitas, se apresuraba él también a coger chinás del garbillo. Hablaban las mujeres, y el niño callaba. Mas de pronto, éste exclamó con su media lengua: -¡"Made" mía, tiene este "tigo" más "piedas" que en la "cadetera"!

-¡Jesús, María y José! – exclamó una de aquellas mujeres, dejando la limpieza y santiguándose al mismo tiempo. Y añadió: - *me deja este chiquillo de una sola pieza con sus dichos*

-*Es verdad, -añadieron las otras-, parece un viejo cuando habla.*

El niño jugaba con sus compañeros y compañeras, vecinos todos del mismo caserío, un lugar de cuatro o seis familias en cuyo derredor y proximidades los niños, con su imaginación viva y poderosa, se solazaban ingenuamente con juegos que, con frecuencia, eran copia de los quehaceres y trabajos de los adultos, padres o mayores.

De este modo, unos trozos pequeños de tiesto procedentes de tejas rotas, eran "cabras" que aquéllos apacentaban, encerraban y ordeñaban en el aprisco, cuyas paredes eran piedras, también pequeñas, colocadas unas a continuación de otras cercando un espacio de poco más de un palmo cuadrado aproximadamente. Estas "cabras" tenían también nombres, trasunto de otros de la propia realidad pastoril: la "Remendá" recordaba una cabra real así llamada porque era berrenda³; y lo mismo ocurría con las llamadas por los niños "Mamellá" (mamellada), "Cornúa" (cornuda), "Moruna" (de orejas pequeñas), etc.

Entre estos niños y niñas, nuestro protagonista, que a la sazón tendría unos cuatro añitos, sentía predilección por uno de aproximadamente su misma edad, con el que jugaba placentera y diariamente. Una tarde, éste último se presentó ante el primero llevando puestos unos zapatos nuevos: -*¿Cuándo te has comprado esos zapatos?* – preguntó a su compañero, al ver que aquel calzado tan brillante y bonito a la vez que poco frecuente por aquellos años.

-*Manana (sic)* – contestó el interpelado. -*Mana no, ayer* – corrigió el interrogante. Y añadió: - *y no se dice mañana; se dice mañana: ma-ña-na.*

En otra ocasión, no muy distante de esta última, frisaría nuestra pareja de niños en los seis añitos. Eran vísperas de feria y mamá había trasnochado y madrugado los últimos días tratando de acabar de

coser unos pantalones para poder llevar a la feria a su avisgado chico como Dios manda. Impaciente el niño, presionaba a mamá para que acabara cuanto antes sus pantalones. Por este motivo, cuando se presentó en casa su amiguito, le dijo inmediatamente: -*¿Vas a ir a la feria?*

-*No, -contestó el otro-, no voy a la feria porque dice mi padre que me vende.*

-*Los niños no se venden* – respondió el primero con rotundidad y aplomo. Y añadió: - *se venden las cabras y los chotos, pero los niños no.*

Y así, con este argumento, desbarataba el ardid urdido por el padre de su amigo, que había pensado reducirle hábilmente a su hijo el número de días feriados para aminorarle con ello las ocasiones en las que pudiera pedirle dinero, puesto que éste, aunque fuere poco, estaba aún más escaso.

Anécdotas y respuestas como las referidas llevaron a un vecino agudo a sentenciar: -*este muchacho no será nunca un chiquillo, será siempre un hombre*". Y no estuvo equivocado el vaticinio.

1 Granza y granzón: trozo grueso o basto de paja que suele contener nudos

2 La arvejana, arveja o algarroba es una planta herbácea, anual, de la familia de las leguminosas, con semillas negruzcas.

3 Con manchas blancas en la piel oscura



La arvejana